

los hechos [extinción de las familias nobles, impotencia del armamento feudal, constitución del régimen administrativo monárquico por el impuesto general y el ejército permanente] todas las fórmulas necesarias para absorber las soberanías particulares en la soberanía monárquica; esto, en Francia, coadyuva á la constitución de una poderosa entidad laica, que por el solo acto de su presencia en la historia, reduce al Pontificado á la dependencia política. Cuando la Iglesia quiere emanciparse, como no tiene un punto de apoyo nacional, puesto que ella misma había obligado á Alemania á disolverse en un feudalismo tardío y á Italia en una politiranía irremediable, sobreviene un conflicto permanente, el Cisma, en que se eclipsa su importancia política general y naufraga su poder teocrático. Y esta muerte de la teocracia, produce en lo interior de la Iglesia medioeval tal descomposición, que determina un movimiento regresivo hacia sus elementos primeros, que se pronunciará en los tiempos modernos. 4. Mas en este vaivén hemos asignado desde el período anterior el papel de causa determinante total al elemento latino que readquiere su carácter de cultura general, y, ya no sólo en forma de jurisprudencia, sino en forma de educación greco-latina, tiende á cambiar la psicología de la Edad Media, devolviendo al análisis, es decir, á la razón, su imperio absoluto, y conmoviendo, por ende, toda noción de autoridad tradicional; para este factor encuentran las universidades el precioso nombre de *humanismo*, y á su advenimiento, y no á la caída del imperio de Oriente, que era ya una cantidad descuidable, se debe el fin de los Tiempos Medios.

EDAD MODERNA.

DIVISIONES: 1.^a EL RENACIMIENTO Y LA REFORMA.—2.^a ABSOLUTISMO Y PARLAMENTARISMO.—3.^a EL SIGLO XVIII.—4.^a LA REVOLUCIÓN.

EL RENACIMIENTO Y LA REFORMA.

Subdivisiones: El Renacimiento ó la Revolución intelectual.—Europa y la Resurrección del Imperio.—La Reforma ó la Revolución religiosa.—La Contra-revolución.—Felipe II y las Guerras de Religión.

EL RENACIMIENTO Ó LA REVOLUCIÓN

INTELLECTUAL.

(De mediados del siglo XV al primer tercio del XVI.)

1. Papel de Italia en la promoción del Renacimiento. Contacto directo con la cultura helénica. Resurrección de la antigüedad: el humanismo; el arte.—2. Propagación del Renacimiento; la Imprenta.—3. La ciencia, el descubrimiento del mundo y la revolución económica.—4. Europa durante el Renacimiento.

1. Hemos dejado á Italia en una gran crisis; abandonada á sí misma, por el desvanecimiento del Imperio y del papado, va dejando caer sus libertades locales en manos de tiranos de mayor ó menor importancia. En la segunda mitad del siglo XV, todas estas entidades nuevas gravitan en torno de muy pocos centros. A los Viscontis de Milán han sucedido los descendientes de un labrador, los Sforzas, cuyo jefe, uno de los primeros condotiers de la época, deja una dinastía de tiranos crueles como los Viscontis, inteligentes y amantes de la cultura como pocos. En Florencia, el espléndido Cosme de Médici, se mantiene en el gobierno de hecho de la República. Los españoles han conquistado por fin el reino de Nápoles, en donde reina el ilustrado Alfonso el Magnánimo. En Roma la cultura nueva está personificada en

Nicolás V y en Pío II [Eneas Silvio Piccolomini], el hombre más erudito de su tiempo, el antiguo secretario del democrático é irreverente concilio de Basilea. Venecia, con la tremenda perspectiva de los otomanos á las puertas de Italia, da un paso más en la terrible severidad de su oligarquía y sobre el consejo de *los diez* coloca á tres inquisidores, que se explían mutuamente y que hacen atravesar al anciano dux Foscari el terrible drama paternal que han popularizado la literatura y la música. Génova, desgarrada por las luchas de sus familias ricas, cae alternativamente en las garras de tres aves de presa; los aragoneses de Nápoles, los franceses y los Sforzas.—En esta situación, que lejos de menoscabar la riqueza material de Italia, como que la impulsaba y ensanchaba, llega al dominio intelectual de la península una clase de hombres, salidos de un largo careo con las letras antiguas, que habían infundido en ellos pasmo primero, luego ardiente amor y después su espíritu mismo. Italia estaba preparada ampliamente á esta renovación del alma; del siglo XIII al XIV había pasado de la literatura latina, vivaz siempre en la península, á la literatura romance; pero este tránsito se había verificado en la obra divina del Dante, un devoto de la antigüedad romana, un hijo sibilino y trágico de Virgilio; su conocimiento portentoso del hombre interior, de sus pasiones y su alma, su intuición precisa de la grandeza y la belleza de la naturaleza, dan á su poema, no por su idea ni por su plan, que son escolásticos, sino por su espíritu, el carácter de creación inicial de la Edad Moderna; luego Petrarca, otro adorador de la belleza antigua, eterna, incorruptible por marmórea y serena, infundió en su tiempo la ansiosa curiosidad y la espera de esta revelación. La Iglesia protegió sin recelo y con amor la nueva tendencia, y cuando, por una coincidencia, explicable por la curiosidad misma, los clásicos latinos, casi desconocidos, á pesar de todo, empezaron á aparecer entre el polvo de las vetustas bibliotecas de los monasterios, la tendencia se convirtió en pasión. Burckhardt, que ha hecho en nuestro tiempo la más penetrante psicología de aquella época capital en la historia, hace notar cómo el individualismo, no en el sentido de derecho individual, es decir, exterior puramente, que el germanismo había incubado en el fondo de su particularismo local, gremial ó doméstico, sino el individualismo en el sentido de la producción de un mayor número de energías individuales obrando en el seno de una sociedad, caracteriza á la Italia del siglo XV, y cómo los tiranos lejos de apagar estas individualidades, las promueven, las pro-

tegen, las multiplican. Pues este individualismo era lo más favorable á la asimilación de la antigüedad, que por su medio se operó en Italia, porque antigüedad equivalía á predominio del examen y de la razón sobre la tutela no analizada de la autoridad eclesiástica.

El concilio de Florencia [1439] y el fin del imperio de Oriente, habían traído á Italia profesores de griego, libros griegos, y apóstoles del helenismo. Petrarca que moría llorando sobre un texto de Homero que no podía traducir, expresa bien el anhelo intenso con que este momento había sido deseado. En ese momento el hilo de la civilización antigua quedó atado á la cultura nueva; el hombre iba á partir en su nuevo camino del pórtico del Museo de Alejandría; la gran luz del helenismo, de la razón alada y libre, bañaba aquel rincón del Mediterráneo. Poetas, historiadores, filósofos resurgieron y la sociedad italiana, ya admirablemente preparada para ello [como no lo estaba la sociedad bizantina que leía sin practicarlos á aquellos mismos autores], rehace su educación y transforma por ella al mundo medioeval. “En un tiempo, escribe un sabio italiano á otro griego, en que las almas eran presa de la ambición, de la avaricia, de la voluptuosidad, vinisteis vosotros, mensajeros de la divinidad, trayendo la antorcha de la ciencia para disipar las tinieblas que nos rodean.” Italia entera y pronto Europa se prosternaban ante el Sol naciente.

El *humanismo* es la enseñanza de las letras antiguas; ésta no había cesado en Italia, pero era esencialmente latina. El descubrimiento de nuevas obras latinas la reforzó sin cesar, al grado de que, aún después de Dante y Petrarca, llegó á verse con desdén la lengua vernácula ¡peligro terrible para las letras italianas este de hablar un idioma incomprendido por el pueblo! A este espíritu de imitación se debió la debilidad relativa de las letras en el *Renacimiento* ¿quién de los poetas cuatrocentistas,¹ y del siglo XVI, siquiera se llamen Policiano, Ariosto, Sannazaro ó Tasso, pueden compararse á los dos antepasados sublimes, hijos sin embargo de la cultura antigua por la forma, que hemos citado antes? Lo que salvó á Italia de una catástrofe literaria de este género fué el advenimiento del helenismo. El concilio de Florencia, en que grandes sabios de la iglesia griega entraron en contacto con los latinos, en que se formaron dos partidos, uno por Platón y otro por Aristóteles, y después la emigración de helenistas á consecuencia de la toma de Constantinopla, dieron su carácter definitivo al Renacimiento; no pudiendo, para no aislarse irremediamente, hablar griego, la literatura siguió hablando italiano. Pero el platonismo adoptado en Florencia solemnemente, dió á la gran revolu-

1 Este nombre se daba á los escritores y artistas italianos del siglo XV, el siglo de los *cuatros*.

ción una filosofía y rompió por ella sus ligas con la escolástica, que era hija de Aristóteles, bastardeado por sus intérpretes. Más aún; tendió á desecristianizar la revolución; la admiración de la forma, la devoción por el idealismo trascendente de Platón, produjeron una pasión sin límites hacia la antigüedad pagana y unos se tornaron paganos y predicaron el paganismo, otros tentaron la amalgama entre ambas religiones; hubo necesidad de una serie de infortunios nacionales inmensos, de un ensayo de república ascética y evangélica en Florencia, intentado por el profeta mártir Savonarola, y por último de la reacción contra el Renacimiento que se llamó la Reforma, para hacer comprender que una tentativa de resurrección pagana, era imposible.

Dice Monseñor Janssen, en su admirable obra sobre la Reforma, que el corazón y la inteligencia, el trabajo y la perseverancia de un pueblo se expresan de un modo más claro por las obras de arte que por las literarias. Esto es exagerado; la literatura estará más en contacto siempre con el alma general de una nación; el arte puede expresar una gran tendencia difusa, pero siempre será el resultado de una selección y la obra de una aristocracia. Sí, el arte semi-pagano y semi-cristiano del Renacimiento, algo respondía á la adoración de la forma regular y serena (no mística y anhelante del estilo gótico) que es característica del pueblo de Italia, pero nada más; el arte del Renacimiento, hijo del arte antiguo, fué la muestra de la devoción de un grupo selecto por los modelos y procedimientos de la antigüedad.

Dos períodos pueden señalarse en el transcurso del Renacimiento, el del siglo XV y el del XVI; en el primero los Mecenas principales son los *Medicis* y el foco por excelencia es Florencia; cada ciudad tenía su tirano y cada tirano era un Mecenas, un protector del movimiento, que dejaba, como el rey de Nápoles, atacar libremente al cristianismo en nombre del helenismo, y que aplaudía toda manifestación culta en favor de aquel pasado, que el orgullo italiano creía nacional. Todos pusieron la gran riqueza de las ciudades de entonces á disposición de los artistas, de los profesores, de los buscadores de libros y monumentos antiguos. Pero sobre todos ellos descuellan los jefes de la *banca* florentina de Medici, que tenía sucursales, lo mismo en Londres y Brujas, que en Jerusalem y el Cairo, y que gastaba, antes de las prodigalidades espléndidas de Lorenzo el Magnífico, seis millones de pesos en libros y obras de arte. El siglo XV vió ascender al pontificado á un adorador del Renacimiento, á un antiguo agente de los Medici, á Nicolás V.—En ese siglo brillaron muchos literatos y poetas de segundo orden, y el tono general de las letras es monótono y rígido, en comparación de la intensidad de vida y la robustez de las del siglo siguiente, que nacieron en el último tercio del XV. Los artistas más conspicuos fueron, en la arquitectura, Brunellesco y los Alberti, autores de bellos edificios, inspirados en el estudio de las ruinas antiguas, sobre todo de las romanas, y felizmente apropiados al clima y las costumbres italianas, pero cuán desposeídos de la originalidad y el brío de los monumentos góticos! Eso sí, elegantes y sabios como pocos, los arquitectos de entonces,

resolvieron, sobre todo en la construcción de las cúpulas, algunos de los más arduos problemas arquitectónicos. Las obras maestras de estos constructores existen principalmente en Florencia.—Los escultores son igualmente resucitadores más que creadores; copian admirablemente la antigüedad, no la igualan, menos la superan; de Donatello á Verrocchio, el número de los escultores es largo, pero estos dos, llenos de vida, de pasión, de verdad, son insignes artistas; á esta época pertenece la segunda puerta del Bautisterio de Florencia, debida al escultor platero Ghiberti, y que Miguel Angel llamaba la puerta del Paraíso.—En la pintura puede seguirse la tradición italiana desde los primeros ensayos de emancipación del hieratismo bizantino con Cimabue y con Giotto, hasta los grandes precursores del siglo XV; unos que estudiaron con toda su alma la naturaleza, otros que la idealizaron sin bastardearla; á los primeros pertenecía la legión cuyos jefes son Masaccio y Mantegna; los otros son los que brillaron alrededor del místico y puro Fra. Angélico, de Filippo Lipi, de Bartolomeo. En la pintura el Renacimiento no tuvo maestros; la antigüedad le dió el espíritu, pero no el modelo.—En el período que Muntz ha llamado la *edad de oro* del Renacimiento, Italia toca al apogeo de su poder creador; en las letras no sobrepuja, sin embargo, á los dos grandes precursores y creadores al mismo tiempo, poetas de aurora y de zenit á la vez, Dante y Petrarca; pero en la inmensa legión que revela el estado de hervor y de vida del alma italiana, descuellan al principio Ariosto, autor del gigantesco poema heroico-cómico de Orlando furioso, y al fin, Torcuato Tasso, que llevó tan dramática existencia (más por el drama que se desarrollaba en su alma de neurópata, que por las circunstancias que rodearon su vida y que han sido adulteradas por la leyenda) y que compuso en rotundas y sonoras estrofas ese admirable poema de decadencia que se llama la *Jerusalem libertada* y su poema pastoril *Aminta* tan conocido en el mundo de habla española por la perfecta versión de Jáuregui. Pero la madurez literaria del genio italiano se revela, sobre todo en Machiavelli y en menor grado en Guicciardini; ambos historiadores, diplomáticos y políticos, ambos sirviendo á su pesar á la tiranía, cuando no podían servir á la república, ambos aborrecedores más ó menos francos del pontificado, ambos destituidos en el fondo de nociones morales. Machiavelli, el filósofo de la tiranía en su libro del *Príncipe*, y Guicciardini son de los grandes italianos; su ideal es la unificación de Italia; por eso mientras que para Florencia, desean un gobierno libre, Machiavelli pretende crear ó suscitar un tirano típico y sin conciencia que adquiriese bastante fuerza para ligar á la Italia entera y fundar la Patria. Los dos Mecenas del Siglo XVI fueron Julio II, el papa soldado, el hombre irascible, el terrible político que no se paraba en medios para arrojar de Italia á los extranjeros, á los *bárbaros*, como decía, y León X, un Medici, fino y delicado adorador del arte, ostentoso y vano y poco previsor, aunque de vida correcta y pura, á pesar de cuanto se ha dicho. En este período de oro, representan en primer termino á la revolución, un hombre universal, que en la mecánica,

en la física, en la historia natural vislumbró los grandes descubrimientos de la futura ciencia, verdadera síntesis del Renacimiento, Leonardo de Vinci, el pintor armonioso, el que mejor ha revelado por la expresión el pensamiento; Miguel Angel, el gran artista, el repúblico austero por cuyas obras pasan las almas trágicas del Dante y Savonarola, el único escultor del Renacimiento que iguala al más grande de los griegos (el David, la Noche, el Moisés), el que concibió la cúpula de S. Pedro y reprodujo su naturaleza enérgica y violenta en las formas excesivamente vigorosas de sus estatuas y sus cuadros; Rafael, el idealista supremo, en el sentido de la fusión absoluta de lo ideal y lo natural, para crear lo bello; y allá en Venecia, Giorgione, Tiziano, Veronese, los reyes del colorido.

2. No hay coincidencia más transcendental en la historia humana, que la del Renacimiento y la Invención de la Imprenta; la emancipación del espíritu humano no habría irradiado tan fácilmente desde Italia sobre la civilización entera, si las vibraciones luminosas no hubiesen hallado el medio transmisor por excelencia en la sencilla modificación introducida por Gutenberg en el arte de reproducir los manuscritos. Era ya antigua la preocupación de encontrar el modo de producir libros baratos; las necesidades creadas por las universidades que se multiplicaban desde el siglo XIII, habían hecho urgentísima la producción en esas condiciones; sin embargo el costo y la relativa rareza de los pergaminos eran un obstáculo casi insuperable; una biblioteca de 1,200 volúmenes, como la del rey de Francia Carlos V, era un lujo inusitado. La introducción por los árabes del papel de hilacha, facilitó mucho la solución del problema é hizo posible la reproducción de manuscritos ó de grabados en planchas ó por caracteres aislados en madera [tal fué la *xylografía* ideada por Coster]. La invención de Hans Gaensfleisch [Gutenberg] consistió, si la tradición es cierta, en construir caracteres aislados, de plomo, y en algunos otros detalles que facilitaban la composición de las formas y la impresión. Dos asociados de Gutenberg, que luego se separaron de él, Furst y Schoeffer, imprimieron el primer libro y Gutenberg poco después el primero suyo; estos libros que pertenecen á los primitivos tiempos de la invención, á su cuna, se llaman *incunábulas*. De 1456 á 1462 pasaba esto; la invención fué lenta en sus resultados; los copistas la odiaban, los hombres de letras la despreciaban. Pero pronto se multiplicaron los talleres en Alemania, en Italia, en Europa toda; las ediciones fueron perfectas [apénas igualadas aún hoy], las empresas editoriales surgieron en Holanda, en Venecia, en Francia; á fin del siglo

se habían hecho ya como diez y seis mil ediciones. La *divina invención*, como desde entonces se la llamó, se puso desde luego al servicio de la Iglesia que la protegió; los primeros libros fueron la Biblia y las obras piadosas; después los clásicos; por ahí la imprenta fué el vehículo principal de la propagación del Renacimiento.—Éste bajo su aspecto literario tuvo en Alemania por focos de difusión las universidades, casi todas recientes, y en donde la asimilación intelectual era intensa; en Inglaterra se manifestó también por una reforma en la educación, dándole el humanismo por base; la Universidad de Cambridge fué favorable al movimiento y hostil la de Oxford. Tomás More fué el más noble y eximio representante del humanismo inglés en su primer período; su obra más notable, *la Utopía*, se ocupa en fingir un reino en que, gracias á los solos esfuerzos del hombre, imperan la libertad, la igualdad y la fraternidad.—En Francia el Renacimiento literario, en que influyeron tanto las expediciones francesas en Italia, produjo frutos más tardíos; Rabelais, Calvino y Montaigne, los fundadores de la prosa y los reveladores de la índole propia del espíritu francés, y Marot y Ronsard, amanerados pero llenos de gracia á veces y fecundísimos, son hijos legítimos de esta gran renovación que debía trascender á todo el siglo XVI y más allá. Lo mismo en España; del primer renacimiento es hija la poesía de Juan de Mena, autor del famoso *laberinto*, de Santillana, de Jorge Manrique, el más terso y profundo de todos; esta poesía, aunque influida por el Dante y Petrarca, apenas comienza á no ser rudimentaria; los clásicos latinos no suscitan poetas todavía, sino pedantes; luego vendrá la gran época literaria de España, hija de la Edad de oro del Renacimiento. La figura dominante del Renacimiento fuera de Italia, el amigo y el oráculo de los sabios, de los literatos, de las universidades de su tiempo, fué Erasmo; él habló de todo, lo supo todo, intentó promover la reforma en la Iglesia, en las letras, en la filosofía; pero su intención no iba tan lejos como su ironía y su talento universal; por eso no hizo más que conmover el edificio eclesiástico y teológico de su época; él, decían sus contemporáneos, puso los huevos que Lutero empolló; la verdad es que no deseaba tanto este hombre admirable que une el Renacimiento y la Reforma y que á un tiempo fué admirado de León X y de Lutero.—El arte no produjo obras maestras entonces; fuera de Italia sus resultados fueron más lentos y su carácter se explica por la revolución religiosa tanto como por la intelectual; pero las pre-

paró todas. En Alemania, sin embargo, suscitó el genio de Alberto Dürer, notabilísimo como pintor, más quizás como grabador [sus grabados eran copiados por el príncipe de los grabadores italianos, Marcantonio] y sobre todo, porque es el tipo superior del alemán de su época; junto á él figura Holbein y, en Flandes, la gran escuela realista, cuya primera generación es ilustrada por los Van Eicks, los Metzys y los Memlings. Ambas escuelas, la alemana y la flamenca, se informaron sobre la índole propia de las razas en que nacieron; sólo después se modificaron por el influjo de los italianos. En suma, entre los siglos XV y XVI, el hombre civilizado había encontrado modos de pensar y de sentir totalmente distintos de los que la Edad Media le había enseñado; y como el movimiento fué tan rápido merece el nombre de revolución, es decir, de evolución sistemáticamente acelerada.

3. Tres nombres, entre muchos heroicos, dominan el período principal del descubrimiento del mundo, que tanto iba á influir en la transformación de las ideas y en la renovación social de la Edad Media: Colón, Gama y Magallanes. Sigámoslos rápidamente en la realización de su empeño y señalemos las consecuencias principales de su obra. Cristóforo Colombo, el más grande de todos, no por el resultado prodigioso de su empresa, porque ese resultado ni lo buscó, ni lo esperó, ni lo conoció, sino porque era la más atrevida y porque su atrevimiento tenía por base la fe científica, era un joven marino de Génova [nacido entre 1446 y 51] que había navegado en el Mediterráneo y en el Atlántico, por el lado de Africa hasta Guinea y por el europeo hasta las islas Feroe, donde pudo adquirir algunas noticias sobre las expediciones escandinavas á América en el siglo X. Nauta excelente, cartógrafo consumado, Colón era un hombre utilísimo en aquella época de grandes tentativas marítimas, en que cerrado el camino del país de la especiería en el Mediterráneo por los turcos, se buscaba con ahínco un camino atlántico directo; y como Portugal era el centro de estas tentativas, Colón se estableció ahí, formó una familia y convencido de antemano de la redondez de la Tierra, comenzó á dar forma á su proyecto y entró en correspondencia con el médico y cosmógrafo Toscanelli que había demostrado la posibilidad científica de ejecutarlo; el proyecto consistía en ir *al Levante por el Poniente*, frase que condensó todo el designio del genovés. No era este un sabio, y sus errores fueron considerables, aunque los peritos en *matemática doctrina*, que según Las

Casas, le contradijeron en Salamanca, eran bastante menos sabios que él; su error capital fué, sin embargo, salvador para su proyecto; Colón que buscaba el Asia y no sospechaba la existencia de un continente que le cerrara el paso, calculaba que una distancia menor de mil leguas separaba las costas de Portugal de las de China; ya, dados los medios de navegación de entonces, esta distancia hacía que la empresa rayara en lo imposible; si se hubiese conocido el verdadero tamaño de la ruta, nadie habría propuesto durante un siglo expedición semejante; habría sido preciso esperar los progresos en el arte de navegar, fruto de las expediciones portuguesas y este retardo habría transformado la historia general. Después de patéticas luchas, Colón obtuvo la ayuda de la reina de Castilla, Doña Isabel, emprendió su viaje y tocó en una de las islas del archipiélago de las Lucayas (probablemente alguna de las que hoy llevan los nombres de Acklín, Samana y Mayaguana) el 12 de Octubre de 1492. La emoción inmensa que causó en Europa la noticia del descubrimiento, dió nuevo impulso al espíritu de aventura y á la codicia reinante y trazó un surco por donde las energías del pueblo español, almacenadas en el carácter de la raza en la aventura de ocho siglos que se llamó *la reconquista*, se abrieron amplio cauce y corrieron con ímpetu avasallador. Las principales islas de las Antillas magnas y una parte del Continente sud americano y de la América istmica fueron descubiertas en los cuatro grandes viajes de Colón, del Almirante, como se le llamaba universalmente, emprendidos en 1492, 93, 98 y 1502. Murió pobre y abandonado en 1506. La fe de Colón, ya lo dijimos, era científica, era hija del Renacimiento; pero su valor y su esperanza fueron de un cristiano, de un místico; pretendía haber encontrado el Paraíso y deseaba consagrar su fortuna á la reconquista del Sto. Sepulcro; es uno de los hijos más grandes de aquella gran época. Ni la mala suerte faltó á su gloria, ni la ingratitude, ni el trágico episodio de las cadenas y los grillos puestos á sus pies en América misma; todo ha ceñido su memoria de la aureola sublime del dolor y del genio; por eso es un santo de la humanidad. Para colmo de desventuras ni su obra lleva su nombre, sino la de uno de tantos navegantes, Américo Vesputio, que fué el primero que dió á la imprenta la narración de sus viajes y fué la primera generalmente conocida por lo tanto: por lo que en los primeros tratados de geografía y en los primeros mapamundis que se imprimieron después del descubrimiento, sus autores designaron el continente descubierto con el nombre de

América sin que Vespucio tuviese culpa en ello. [Las hipótesis de Marco y otros sobre el nombre de América no tienen fundamentos sólidos].—Largo tiempo hacía que los portugueses tenían el empeño de explorar el litoral africano; los pocos recursos náuticos de la marina de entonces y la creencia de que la zona tórrida era innavegable, porque era la región del calor y la muerte, hicieron lentos los progresos de la obra que comenzada en 1418 terminó su primera gran etapa en 1486 con el descubrimiento del Cabo, que por ser el punto de partida de la ruta oceánica de las Indias, llamó un rey de Portugal, el Cabo de Buena Esperanza. El descubrimiento de Colón fué un estímulo supremo; una expedición que debía doblar el temido Cabo y buscar las costas índicas se organizó y partió de Lisboa en Julio de 1497 al mando de un impertérrito marino, Vasco de Gama, que después de larguísimo y dramático viaje llegó á la costa de Malabar en Mayo de 98. Los portugueses, sobre todo después de la entonces prodigiosa expedición de Alvarez Cabral (de Portugal al Brasil y de aquí á Calcuta) dominaron, por sus factorías en el Pérsico, Hindostán, China y las islas de Australasia, todo el comercio índico; comenzó entonces la tremenda lucha entre los egipcios y venecianos irremisiblemente desposeídos y los portugueses, lucha en que se apuró la perfidia y la violencia y que tomó tales caracteres que un gran portugués, el célebre Alburquerque, proyectó, por medio de diques, arrojar el Nilo sobre el Mar Rojo y suprimir de un golpe á Egipto del haz de la tierra.—Otro portugués, al servicio de España, Magallanes, completó el descubrimiento de Colón, demostrando, por medio de un viaje de circunvalación del mundo, absolutamente pasmoso, si se piensa en los medios de que disponía, que eran tan pequeños, como grandes, como inmensos los corazones de los emprendedores, demostrando, decimos, el carácter continental de América y la esferoicidad de la tierra; Magallanes salió de San Lúcar en Septiembre de 1519, en Diciembre llegaba al Brasil, doblaba el cabo que lleva el nombre de Magallanes en Octubre de 1520 y en Marzo de 21 descubría las Marianas; murió poco después en una lucha obscura en las islas que descubría y en Septiembre de ese mismo año, uno solo de sus buques, la *Victoria*, mandada por Elcano, volvía, doblando el Cabo de Buena Esperanza, á España; el mundo estaba descubierto.

He aquí los resultados culminantes de esta serie de expediciones: *Por Castilla y por León, nuevo mundo halló Colón*, dice la inscripción

célebre; la verdad es que el hallazgo era para la Europa entera y que del otro lado del Atlántico iban á surgir una España, un Portugal, una Inglaterra y una Francia nuevos; el comercio como por ensalmo pasaba del Mediterráneo y los litorales de la Europa atlántica, á las gigantescas cuencas de tres Océanos, el Atlántico, el Pacífico y el Índico entre ambos; todo cambió por ende, las rutas mercantiles fueron otras, Marsella, Génova, Venecia, Alejandría, pasan á ser centros locales de segundo y tercer orden: Sevilla, Lisboa, Burdeos, Londres, Anvers, Hamburgo, suben al primer puesto; con el comercio la navegación se transforma, las galeras se convierten en navíos y nuevos instrumentos de observación náutica suplen las deficiencias de la brújula. Plantas nuevas: el tabaco, el cacao, el maíz, la patata; nuevas frutas, remedios desconocidos, afluyen á Europa y contribuyen á cambiar las condiciones de la vida, que una vasta revolución económica iba á perturbar en sus bases mismas; los españoles buscaban gomas y especias, encontraron oro y plata; la cantidad de metales que bastaban á las necesidades monetarias de Europa se mantenía desde hacía tiempo estacionaria; más bien decrecía; en el siglo XVI un río de plata y oro desemboca en España y pasa á los industriales europeos, porque España cesa de producir (sus productos son el aventurero y el fraile) y baja el valor de la moneda de nueve décimos y esta depreciación la pone al alcance de mayor número y las clases productoras comienzan á adueñarse del mundo. Pero el resultado político inmediato fué la creación de una potencia europea de primer orden, España, que sin la Reforma, habría sometido al viejo mundo al régimen inquisitorial.—Estos hechos trastornaban las ideas; la teología que no había podido prever el mundo nuevo y que había combatido al descubridor, queda vencida para siempre en el espíritu y las ciencias de observación se constituyen y descubren también su mundo nuevo.

4. Europa atravesaba, pues, una inmensa crisis intelectual en el Renacimiento; económica por los descubrimientos españoles y portugueses; política por la concentración de las monarquías en la Europa occidental, por el irremediable desmembramiento germánico, por la imposibilidad de unificar á Italia, y por el avance del Islam en la península balcánica; estudiemos en sus más culminantes detalles la parte política de esta situación con que la Edad Moderna se inaugura.

Alemania.—A la muerte de Segismundo, los señores feudales alemanes dieron á su yerno Alberto de Austria la muy poco codiciable

corona del Santo Imperio; así la casa de Habsburgo volvió á ser imperial y no volvió á dejar de serlo; á Alberto sucedió Federico III, que tuvo un reinado muy largo y que, aunque fué mucho más inteligente de lo que historiadores deficientemente informados nos han dicho, sí manifestó una singular apatía para lo que no era el engrandecimiento de su casa; durante su gobierno pasó veintisiete años sin poner el pie en Alemania; intentó inútilmente apoderarse de las coronas de Hungría y Bohemia; madgyares y tcheques prefirieron dárselas á príncipes polacos y cuando admitieron á un Habsburgo fué al hijo de Alberto, á Ladislao, bajo la tutela de un guerrero notable y administrador eminente en Bohemia, Jorge Podiebrad, y de un capitán de primer orden en Hungría, Juan Hunyadi; ya hemos visto cómo á la muerte de Ladislao, Podiebrad fué aclamado rey de los bohemios, y de los húngaros, el hijo de Hunyadi, el gran Matías Corvino. Por fortuna para Federico, bohemios y húngaros, azuzados implamente por Roma, lucharon encarnizadamente entre sí, aunque luego Corvino convirtió sus armas contra Austria transformada en archiducado y se adueñó de Viena hasta su muerte. El rey húngaro, el vencedor de los turcos y de los austriacos, el administrador admirable, el ilustrado protector de las letras y las artes, el fundador de *la Corvina*, la más numerosa y selecta biblioteca del mundo, es el verdadero grande hombre en las comarcas danubianas y no Federico III ni Maximiliano. Cuando su padre murió y gracias á él, el joven archiduque, verdadero emperador errante, había contraído matrimonio con María de Borgoña, hija de Carlos el Temerario y aunque tuvo que ceder á Luis XI buena parte del patrimonio de su esposa [Borgoña y Picardía] se quedó con los Países Bajos y recobró el archiducado de Austria, se adueñó del Tirol y conservó el título honorario de rey de Hungría; el verdadero rey era el polaco Vladislao, porque Corvino no había dejado sucesión legítima; el poder territorial de la casa de Austria resultaba ya inmenso. Maximiliano no fué nunca ni un general ni un político; pero fué profundamente simpático al pueblo por su apego á la tierra alemana, por su liberalidad, su carácter amable y ligero, hasta por sus proyectos imposibles y grandiosos y sus aventuras. Mucho intentó, nada consiguió: ni debelar á Francia su enemiga, ni hacerse dueño de Italia, su codicia, ni coronarse en Roma, su derecho, ni sacar á Alemania de la anarquía, su deber. Alemania pensó remediar por sí misma sus males; nobles y ciudades formaban ligas; las había antiguas, como la con-

federación helvética, que sólo de nombre reconocía al Imperio, y en decadencia como la liga hanseática. Esta gran potencia marítima de los siglos XIV y XV que había dominado todo el comercio de Flandes, Inglaterra, el mar del Norte y el Báltico, y los países escandinavos; que había constituido á sus agentes en una especie de orden monástico-mercantil; que tenía flotas de guerra en los mares y plazas fuertes, que eran sus almacenes, en Rusia, en Suecia, declinaba ya; el poder de los reinos escandinavos la limitaba al Este; los nuevos descubrimientos le quitaban su importancia; Londres, Anvers, nulificaban á Lubeck y Bremen; su agonía iba á ser secular. La liga de Suabia, que tenía el objeto de asegurar *la paz perpetua*, era de fundación más reciente. Pues bien, unir todas estas potencias y formar una especie de confederación general bajo los auspicios del emperador, que debería tener su consejo de regencia, su consejo privado ó cámara áulica; dividir el imperio en *círculos* que enviaran sus representantes á una dieta periódica, tal fué el plan desarrollado en dietas sucesivas; unas veces parecía el emperador favorable, otras no; muy poco se hizo durante su reinado que concluyó en 1519.

Inglaterra.—Mientras el humanismo florecía en Inglaterra, el despotismo monárquico iniciado por Eduardo IV y desenvuelto por el primero de los Tudors, se organizaba completamente bajo el segundo de éstos, Enrique VIII. Fruto de la alianza con España en odio á Francia pactada por Enrique VII, había sido el matrimonio celebrado entre Arturo, muerto pronto, y Catarina de Aragón que casó luego con Enrique VIII. Este enlace había de ser causa de hondísimas perturbaciones en la historia inglesa. En virtud del principio de que el rey nada injusto puede hacer, aunque quiera, porque puede á su guisa disponer de los bienes y la fortuna de sus súbditos, se operaba una concentración vigorosa de toda autoridad en manos de la autoridad real. La Iglesia que era la única que podía y hacía frente á la tiranía del monarca, se encontró desarmada porque se prohibieron las apelaciones á Roma, debiendo todas ir á manos del cardenal Wolsey, que era á un tiempo legado pontificio y primer ministro de Enrique; así se preparó la futura supremacía eclesiástica del rey. Las guerras que las alianzas con los enemigos de Francia hacían necesarias en el Continente nada producían y sí aumentaban los impuestos, causa de iucesantes revueltas en las poblaciones rurales. Para impedir las, Wolsey imaginó romper para siempre la unión con España y comenzó á

favorecer la idea del monarca, veleidoso y sensual, de divorciarse de Catarina de Aragón, de la que había tenido sucesión, pero siempre malograda. El cardenal quería que el repudio fuese por los medios religiosos; pero el Papa, bajo la influencia del rey de España, no accedió, y Enrique se decidió á obrar por autoridad propia, lo que trajo por consecuencia la caída de Wolsey, el matrimonio del rey con la perversa é infortunada Ana de Boleyn y la separación ruidosa del monarca de la obediencia al pontífice romano [1530].

Francia.—Hemos dejado á Carlos VII triunfante al fin de los ingleses, organizar, gracias al ejército y al impuesto permanentes, una Francia compacta y fuerte; mas si la victoria sobre el feudalismo político quedaba desde entonces asegurada, aún había la lucha de adquirir temporalmente gravísimo aspecto; provenía esto, ya lo dijimos, de que el patrimonio de los príncipes reales [*los apanages ó infantados* que decían los castellanos] se había transformado en sendos señoríos feudales. En tiempo de Luis XI, el vasallo más temible era el heredero de uno de estos infantados, el duque de Borgoña, Felipe el Bueno, verdadero rey flamenco, francés y alemán al mismo tiempo; el heredero de este príncipe era el conde de Charolais, más conocido en la historia con el nombre de Carlos el Temerario. Luis XI, el heredero de la corona de Francia, era avaro, astuto, cruel y supersticioso, pero hábil político é incapaz de desechar medio alguno que creyese útil á sus fines; en suma, uno de esos soberanos que pudieron servir de tipo á Macchiavelli para su famosa monografía del tirano, que llamó "El Príncipe;" su rival era el polo opuesto, arrebatado, espléndido, caballeresco. Apenas Luis XI había tomado sus primeras medidas contra los abusos, una *liga*, dirigida por el Temerario, se formó contra él y tuvo que ceder. Espera, suscita á fuerza de oro rebeliones contra Carlos, ya duque de Borgoña [1467] y procede contra su hermano á quien había dado por la fuerza el ducado de Normandía; nueva liga; Luis se entrega á sus enemigos y pasa grandes humillaciones y contrae graves compromisos. Una vez libre, falta á ellos autorizado por los Estados generales; pero el país resiste á los borgoñones y Luis dicta la paz. Empeñado en hacerse declarar por el emperador de Alemania, rey de Lotaringia, Carlos pone esta condición al matrimonio de su riquísima heredera María y del hijo pobretón del emperador, el caballero andante Maximiliano, y se disgusta con su futuro consuegro y amenaza con una guerra en Alemania y después ataca á los suizos que lo des-

trozan en dos tremendas batallas (Gransou y Morat). Vencido y frenético, Carlos el Temerario pierde la vida en Nancy (1477) y Luis se apresura á apoderarse de Borgoña, el Artois y el Franco Condado; ya había heredado el Anjou y Provenza y había comprado á los aragoneses el Rosellón; Francia estaba casi completa; sólo el ducado de Bretaña quedaba en pie. A la muerte del rey (1483) su hija Ana de Beaujeu quedó como regente durante la menor edad de Carlos VIII y fué prudente y hábil; casó á su hermano con la heredera de Bretaña, prometida al ya viudo emperador Maximiliano. Carlos VIII, heredero de los derechos de los Anjou á la corona de Nápoles, de que seguía adueñada una dinastía aragonesa, cometió la locura de querer hacerlos valer; devolvió una parte de las adquisiciones de su padre, para ahorrarse enemigos, y llamado por muchos italianos y anunciado como un enviado de Dios, para castigar á la voluptuosa y pagana Italia, por Savonarola, entró en la península, se adueñó de ella y ya soñaba ir á conquistar Constantinopla cuando tuvo que volver á Francia rápidamente obligado por la liga de Venecia, Milán, el papa, el emperador y el rey de Aragón. Francia no conservó ni un palmo de tierra italiana. En 1498 se extinguió con Carlos la línea directa de los Valois y Luis de Valois Orleans subió al trono. Este príncipe excelente y paternal con sus súbditos, reincidió en la falta de entrometerse en los asuntos italianos reivindicando contra Ludovico el Moro, dueño del Milanesado, los derechos que había heredado de su abuela, una Visconti. Luis XII conquistó el Milanesado y se puso de acuerdo con Fernando el Católico para repartirse el reino de Nápoles; así se hizo, pero pronto los aliados entraron en lucha y los franceses perdieron á Nápoles, gracias al genio militar de Gonzalo de Córdoba, *el gran capitán*. Luego Luis tramó una liga contra Venecia y triunfó; pero el papa terrible y belicoso que se llamó Julio II, convirtió la liga contra el rey de Francia, que se vió amenazado por Fernando el Católico, el Emperador, Enrique VIII y los suizos; á pesar de las hazañas del malogrado Gastón de Foix, tuvo que abandonar á Italia y que concentrarse en la defensa del territorio patrio. En 1515 sube al trono un Valois Angulema, sobrino y yerno de Luis XII; era un excelente soldado, caballeresco, galante, poeta, y ambicioso por extremo de gloria y de poder; Francisco I tenía veinte años y se propuso reconquistar *su* ducado de Milán y *su* reino de Nápoles; ser rey no era para aquellos hombres ejercer una función, sino disfrutar de una propiedad; por eso

decían: mis reinos y mis señoríos. El nuevo señor francés empezó brillantemente, con una batalla en que venció á los suizos [Marignau] se hizo dueño del N. de Italia (1515). Poco después entra en la escena de la historia un nuevo emperador de Alemania, Carlos V.

España.—Fué una éra nueva, sin duda, la inaugurada en España por el matrimonio de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, á quienes más tarde se dió el nombre de *reyes católicos*; las guerras intestinas acaudilladas por el rey de Portugal, que sostenía los derechos de la infeliz princesa, hija del último rey de Castilla (de su esposa por lo menos y á quien por su origen adulterino se había desposeído de su herencia relegándola á Portugal con el despectivo nombre de *la Beltraneja*) y fomentadas por Luis XI, pusieron á prueba la constancia y el valor de los reyes que triunfaron después de largas y sangrientas campañas; mas el prestigio del triunfo les permitió volver la seguridad al reino persiguiendo á los malhechores, nobles muchos de ellos, que eran dueños de los caminos, por medio de las milicias especiales que se llamaron *la santa hermandad*; aconsejados por los legistas, sometieron á los nobles á la ley comun, hicieron reconocer por el papa los derechos ó regalías de la corona y fomentaron el comercio y las industrias. Pensaron entonces en hacer un esfuerzo supremo para arrojar á los islamitas de España, destruyendo el reino de Granada; tras de largas campañas y después de un cerco apretado de la ciudad morisca, en que se señaló por sus proezas la nobleza de ambos reinos, Granada sucumbió en 1493 y la reconquista al cabo de setecientos ochenta y dos años quedó consumada. Tanta energía, tanta codicia, tanta fe se habían acumulado de generación en generación en el alma del pueblo español, que la conquista de América y la dominación del Mediterráneo aniquilando el poder del Islam, eran empresas inferiores á su aliento; por desgracia iba á servir de instrumento á la más grandiosa é irrealizable de las ambiciones.—Para España fué la reconquista una perpetua cruzada, una guerra santa, de modo que el triunfo convertía al pueblo español en el soldado de Cristo, en un pueblo escogido; el papel del clero tenía que ser importantísimo y en el clero, el de las órdenes monásticas; la de los dominicos, sostenía que, para mostrarse digna de su misión providencial, la nación debía procurar á costa de cualquier sacrificio *la unidad religiosa*; ese fué *el ideal* que persiguió España desde entonces al través de su esplendor, su decadencia y su ruina. Pero para realizarlo en el mundo, precisaba primero

realizarlo en sí misma. El antiguo pueblo escogido, desde las épocas más remotas había fijado en España las tiendas de la dispersión; en tiempo de los godos los concilios de Toledo (la Jerusalem española) los persiguieron; los árabes, de quienes fueron colaboradores, los toleraron y en esa época el genio hebreo, en la teología, en la ciencia, en la poesía, floreció en España como no había florecido desde las épocas proféticas. Los reyes españoles hicieron de los judíos sus banqueros, sus tesoreros; éstos tenían nubes de agentes exactores que exacerbaban el odio, la envidia y la codicia del pueblo, que jamás toleró de buen grado la presencia y mucho menos el esplendor de los judíos. En el siglo XIV tomaron incremento las persecuciones populares; en el XV continuaron las de Barcelona y Valencia, en donde protegió á los hebreos con apostólico celo el elocuente Vicente Ferrer; en Sevilla la destrucción de las juderías y las matanzas fueron espantables; muchos se convertían para escapar de la muerte, y en secreto seguían practicando su religión, y llovían las denuncias; entonces los reyes á instigación de algunos dominicos de Sicilia, dieron inusitado vigor á *la inquisición*, trabajosamente aclimatada en parte de España, y pusieron á su frente á Torquemada, fraile austero y cegado por el celo religioso; el tribunal, solemnemente sancionado por el papa, comenzó á funcionar con su procedimiento secreto basado en la delación, su prueba de tortura, la defensa casi imposible de los acusados, y sus autos de fe, seguidos de las penas de hoguera, confiscación ó reclusiones peores que la muerte, aplicadas por la autoridad civil; el rigor fué inmenso, el incendio, digámoslo así, de la raza hebreo-española se consumaba sistemáticamente; el ser converso era ser sospechoso. Por último, el año mismo del descubrimiento de América, fué pronunciado el decreto de expulsión y dos ó trescientos mil judíos abandonaron á España, dejando sus bienes y marchando con estoica abnegación á la esclavitud en Portugal, á la muerte en Africa; la ciencia, el espíritu mercantil de los expulsos vitalizó á los Países Bajos, al imperio mahometano: en todas partes, hoy todavía, recuerdan con amor á España y muchos hablan la rica y pintoresca lengua del siglo XV. La unidad por la muerte estaba hecha; los reyes libertaron á los judíos de las matanzas populares ¿tal fué su espíritu? Así se ha dicho; desposeerlos de sus bienes, arruinar al comercio español, que apenas pudo galvanizar el descubrimiento del Nuevo Mundo, ésta fué la consecuencia histórica. Poco había de servir en estas condiciones su unidad religiosa al pue-

blo español; ni él ni la humanidad sacaron de ella provecho alguno (V. sin embargo M. Pelayo, *Heterodoxos*).

Cuando murió Isabel la Católica (1504), la noble y pura mujer, á quien los americanos profesamos devoción, porque vemos en ella la protectora del Descubrimiento y la enemiga de la esclavitud de los indios, el astuto Fernando de Aragón, el verdadero *príncipe* de Maquiavelo, se encargó de la regencia por su hija Doña Juana, casada ya con Felipe el Hermoso, hijo del emperador Maximiliano; pobre mujer histérica, cuya vesania erótica se desenvolvió por la mala conducta de su esposo y que, declarada incapacitada para reinar, vió correr desde su encierro los reinados de su padre, de su marido, de su hijo y aun de su nieto; poco atendida, á veces maltratada por sus guardianes, fué seguramente loca y también seguramente mártir. Felipe trajo á España á su mujer, resuelto á despojar á su suegro [ya vuelto á casar con Germana de Foix] y sin la intervención de un franciscano de inmensa prudencia é inteligencia, de Ximénez de Cisneros, arzobispo de Toledo, un gran conflicto habría estallado en la familia. Fernando se consagró á su reino de Aragón y á sus negocios de Nápoles, en donde había pérfidamente ayudado á los franceses á despojar del reino á su pariente Federico, para conquistarlo después por entero, gracias á la aguerrida é invencible infantería española y á su general Gonzalo de Córdoba, que por sus admirables campañas contra los franceses mereció ser apellidado el Gran Capitán. Pero Felipe el Hermoso murió á consecuencia de sus desórdenes [1506] y D. Fernando tornó á encargarse de la gobernación del reino; poco después el cardenal Cisneros emprendió, á expensas del arzobispado de Toledo, la conquista del Mahgreb y se apoderó de Orán, recogiendo, como Gonzalo de Córdoba, la ingratitud del suspicaz y receloso monarca en pago de tamaño servicio. Por mucho tiempo siguió tomando parte en las cuestiones de Italia, ya del lado del papa (Julio II) y los franceses, contra Venecia (liga de Cambray), ya ligado con Venecia y el papa contra Luis XII; cuando por influencia de Juan de Medici (León X) se sobreseyó en aquellas guerras, en que no siempre vencieron los españoles, resultaron los franceses desposeídos y D. Fernando dueño definitivo de Nápoles y Navarra. Murió este gran político de la escuela italiana, que no tuvo jamás escrúpulos para satisfacer su ambición y sí mucha inteligencia, en 1516, cuando ya Francisco I se había hecho dueño del Norte de Italia, después de Marignan. Cisneros, encargado de la regencia por D. Carlos I

y su madre Doña Juana, conjuntamente reyes, aunque la segunda sólo nominalmente, se consagró á arreglar el tesoro y el ejército y murió poco después de haber llegado á España el futuro Carlos V, que ni siquiera quiso tener una entrevista con él, que era un gran servidor, pero un austero y franco y patriota consejero.

Italia.—Ya lo hemos visto, Italia era el campo de batalla de la Europa occidental; las discordias civiles, los dramas políticos locales, las monstruosidades de los Sforzas en Milán, la vida fastuosa de los Medicis, el nepotismo desenfrenado de algunos papas, los crímenes de los monarcas aragoneses, marchaban de frente con el Renacimiento, con la tentativa de constituir en nombre del arte un cristianismo pagano. No todos se prestan á este designio; en el centro mismo de la revolución intelectual, en Florencia, surgió una ardiente protesta, la del dominico Savonarola, alma pura de primitivo cristiano y de profeta, que transformó con sus prédicas elocuentes á la ciudad del arte, en la Jerusalem mística de Italia, en una república de hermanos consagrados á la penitencia, á la oración y á la libertad; nada más interesante, nada más insostenible que la tentativa del gran apóstol que representa ante la historia la libertad frente al elegante despotismo de los Medicis, y la virtud frente al pecado hecho carne en el papa Alejandro VI (Rodrigo Borja ó Borgia, como decían los italianos). Éste había obtenido la tiara gracias á la más desvergonzada simonía, y aprovechando una de esas veleidades de la multitud, que abandonaba á quien el día antes había adorado, proporcionó en 1498 la palma del martirio á Savonarola. Era este un síntoma; el clamor inmenso contra la Iglesia transformada en poder mundano por excelencia, tuvo eco en su voz; las hogueras de Huss y Savonarola marcaban las etapas primeras de la revolución religiosa.—Ya vimos á Carlos VIII recorrer triunfalmente la Península, recoger lo que él llamaba su patrimonio, como heredero de los Anjou de Nápoles, y luego retirarse precipitadamente; Luis XII, su sucesor, nos ha hecho ver al pérfido Luis el Moro (Sforza) vencido y al Milanésado dominado por Francia, y luego las guerras entre franceses y españoles. Alejandro VI, entretanto, había pretendido llevar á cabo un designio, caro á muchos italianos: formar un gran estado en el centro de la península que convirtiera á los otros en satélites. El papa, era algo mejor quizás que la infernal reputación que ha dejado; lo de los venenos y los incestos parece calumnia; su hija Lucrecia no era una mala mujer, pero debilísima con su padre y su hermano.

Este era el demonio de la familia; muy inteligente, muy perseverante, muy corrompido, César Borgia, el fraticida, era el ídolo y el amo de su padre; cardenal primero, general después, digno de que Maquiavelo le dedicase su *Príncipe*, logró, con los recursos del papa y los franceses, conquistar, sin pararse en crímenes, el centro de Italia, pero no para la Santa Sede, sino para sí, obligando á su padre á erigir los Estados Pontificios en ducado de Romaña. Todo se derrumbó con la muerte de Alejandro VI. Julio II era un condottier de gran vuelo hecho papa; irascible y brutal, se empeñó en libertar á Italia de los bárbaros, lanzando á unos contra los otros, mientras él hacía expediciones contra las ciudades insumisas, vestido con los arreos militares y apareciendo en la brecha. A este terrible papa siguió un Medici, León X; era el *Renacimiento* coronado con la triple corona. Hombre bondadoso, aunque capaz de ser cruel por miedo como lo demostró la tortura, la muerte y el destierro de algunos de sus cardenales; de vida correcta aunque adorador de los placeres artísticos, el protector de Rafael y de Bramante, hizo de su corte una maravilla de esplendor, de lujo estético; el centro de la inteligencia y del gusto. Mucho era lo que tenía que gastar y apeló á la cristiandad para que cubriera sus gastos, vendiendo por todas partes el perdón temporal de los pecados, *las indulgencias*; de aquí había de brotar la chispa de la revolución religiosa. León X murió en 1521. Cuando tuvo noticia de la protesta de Lutero, dijo: "es una querrela de monjes."

EUROPA Y LA RESURRECCIÓN DEL IMPERIO.

(De 1517 á 1555.)

1. Carlos I, rey de España; comunidades y germanías.—2. Carlos V, emperador de Alemania; situación interior de sus dominios europeos. La conquista de América. Alemania y los preludios de la Reforma.—3. Las guerras con Francia y con el Islam. El emperador y los protestantes. Abdicación y muerte.

1. El Santo Imperio romano-germánico, institución eminentemente medioeval, por un concierto de circunstancias extraordinarias, resurge en pleno Renacimiento más vasto que el de Carlo Magno y con su séquito de reyes vencidos, de pueblos sometidos, de infieles dome-

ñados, de papas reducidos á tutela. El jefe de este Imperio es un sacerdote—rey como un Ottón ó un Enrique; es, á un tiempo, el jefe terrenal de la cristiandad y el jefe militar de Europa; mas todo eso era efímero y facticio; buena parte de la cristiandad se rebela contra sus jefes espirituales y terrenales y se emancipa de ellos para siempre, y Europa, mejor constituida, formada ya de nacionalidades concretas, nulifica las victorias imperiales y convierte en un sueño la supremacía del Santo Imperio; era que las condiciones sociales y políticas habían cambiado totalmente, y el ensayo infructuoso de Carlos V demuestra mejor que nada que la Edad Media había muerto.—Carlos nació en Gante en 1500; destinado á heredar un poder gigantesco, nació de un hombre de placer y vanidad y de una demente, al primer albor de un siglo trágico y grande como ninguno, de un siglo que puede llamarse genial, ¡que hay épocas que parecen resumir los atributos de una personalidad! La sangre de Carlos el Temerario, un desequilibrado, y de Maximiliano, un neurópata también, estaban neutralizadas en él por la herencia materna de razón y de superioridad de espíritu, de D. Fernando y de Doña Isabel; pero le llegaba enturbiada por medio de Doña Juana la Loca. Así, fué un hombre de inmensa ambición, jamás satisfecha; de enormes designios, no pudo rematar uno solo; cayó al fin vencido por su tiempo al que era inferior.—Su aparición primera en España produjo una triste sorpresa. Carlos no pidió nunca á su reino más que cuentos de maravedises por mayor, soldados y marinos sin cesar, y alguno que otro político ó teólogo. Rodeado de flamencos ávidos, á quienes pretendió dar un papel importante en el Consejo y las Cortes, la impresión causada en su reino fué malísima, como había sido indigno el comportamiento del joven monarca [tenía 17 años] con el eminente cardenal Cisneros. Así, no le costó poco trabajo hacerse reconocer como rey conjunto (con Doña Juana) en Aragón y Cataluña. Muere entretanto su abuelo el emperador Maximiliano y Carlos se presenta como candidato, pero con un fuerte partido adverso en el colegio electoral, influido por el oro de Francisco I, que cometió la torpeza de presentarse él como competidor, en vez de escoger un alemán por candidato. Por un solo voto obtuvo Carlos el Imperio y partió para Alemania, no sin exigir nuevos cuentos de maravedises á los españoles, á quienes dejaba por regente á un flamenco, al cardenal Adriano, su preceptor. El enojo público fué persiguiendo al emperador de unas en otras Cortes hasta las orillas del mar; pero cuando Car-

los se embarcó, varias ciudades habían alzado el pendón rebelde contra el regente extranjero; esta rebelión era una protesta contra las violaciones de la libertad electoral, que en el nombramiento de las últimas Cortes habían sido flagrantes, contra la ausencia del rey, contra el gobierno de los extranjeros; de Guipuzcoa á Andalucía casi todas las ciudades secundaron la insurrección; los nobles tomaron parte en ella, el regente fué hecho prisionero y la reina Doña Juanna, cuyo nombre invocaban los rebeldes, *los comuneros* como les llamaban, sancionó los principios proclamados y luego se rehusó á todo en su reclusión de Tordesillas; muchos jefes tuvo la insurrección, audaces como el obispo Acuña, ó valientes y dignos como Padilla, Bravo y Maldonado; mas cometieron funestas imprudencias que los debilitaron y los condujeron al desastre de los campos de Villalar (1521), después del cual los heroicos caudillos fueron ajusticiados. En el reino de Valencia, tiempo hacía conmovido por los partidos populares en contra de la nobleza, se formaron ligas que tomaron el nombre de *germanías* que, también triunfantes al principio, acabaron por ser ahogadas en sangre. Cuando Carlos volvió á España en 1522 el reino estaba pacificado. El espíritu foral, era, es cierto, un óbice serio para la unificación de la patria española; pero á su vivaz energía se había debido, en suma, la reconquista y pudo nacer de las libertades municipales la libertad política nacional, sin el absolutismo de los Austrias empeñados en aventuras exteriores; Villalar fué un golpe de muerte para el localismo é hizo imposible por tres siglos una España libre.

2. El emperador Carlos V tenía bajo su dominio el patrimonio de Habsburg, e. d., el archiducado de Austria y el Tirol, Alsacia, Brisgovia y una parte de Baden y Wurtemberg; el de Borgoña, e. d., los Países Bajos; el de Castilla y Aragón con Navarra y Cataluña y con las posesiones americanas; el de las dos Sicilias y Cerdeña, y disputaba á Francia la Borgoña propia y el Milanesado; tenía la supremacía en la Europa central, e. d., en Alemania. En Austria, donde no habían faltado sublevaciones como las españolas, el emperador espiaba la ocasión de hacer ingresar definitivamente en su patrimonio de Habsburgo á Hungría, cada vez más directamente amenazada por los turcos, y á Bohemia, lo que no se logró en su tiempo. Todo era quietud en el resto de los dominios imperiales, con excepción de Alemania. Las Sicilias, perfectamente tranquilas, aborrecían la dominación española, pero, incapaces de sacudirla, se sometían. España, trémula aún, des-

pués del terrible sacudimiento de las Comunidades, presenciaba el desenvolvimiento del sistema absolutista, pero, en suma, estaba satisfecha, porque sus reyes le aliviaban el impuesto y si hacían pesar sobre ella cada vez más el impuesto de sangre, esto lo compensaban con la gloria y las aventuras que halagaban por todo extremo el orgullo español; y luego el Nuevo Mundo, ese premio concedido por la Providencia al pueblo soldado de Cristo [premio que le costó tan caro] era un campo ilimitado para todas las ambiciones y todas las codicias, y era para los españoles, sólo para los españoles. Con los reyes católicos termina el período principal de los descubrimientos; la América insular, buena parte de las costas del Golfo, de la América ístmica y una fracción del litoral levantino de lo que iba á llamarse Sud-América, habían sido visitados; Magallanes al fin de este período emprende la prodigiosa odisea que iba á completar la revelación del continente americano. Con Carlos V comienza el período heroico de las conquistas; España toma posesión de la América intertropical (con excepción del Brasil) y avanza por las zonas templadas de ambos hemisferios con la cruz y la espada. Ningún pueblo ha podido hacer tanto con tan exiguos recursos; ninguno ha gastado para suplir la fuerza material, mayor cantidad de espíritu, es decir, de energía, de audacia, de codicia, de fe. América era en parte salvaje; había grandes porciones que habían adoptado la vida sedentaria; signo por excelencia de la civilización, aunque su organización era rudimentaria; otros pueblos como los mayas, los nahoa, los peruanos, habían formado grandes ciudades, estaban constituidos en una fuerte gerarquía teocrática y militar; la división del trabajo había dado origen á la formación de castas; las artes, la industria, el comercio, progresaban entre ellos; no les era desconocida la escritura fonética [á los mayas sobre todo] y tenían literaturas, principalmente sagradas. Eran pues civilizaciones plenas, con la singularidad de que eran de generación espontánea [los contactos con el Asia son problemáticos y deben de pertenecer á las épocas prehistóricas], hijas de la raza y del medio. Había en estas civilizaciones deficiencias enormes y eran, sobre todo, incompatibles con la complexísima y dos ó tres veces renovada civilización de los indoeuropeos; puestas en contacto, la americana estaba destinada á morir; mas arraigaba tanto en la naturaleza del indígena, que su decadencia ha durado siglos; incapaz de sobreponerse á la otra, tomó un carácter de pasividad infinita y opuso una muda resistencia á la transforma-